

EL MADRILEÑO

SEMANARIO DEFENSOR DEL REGIONALISMO DE LA PROVINCIA DE MADRID

Año II

Madrid, 2 de agosto de 1918

Número 44
(Extraordinario)

Suscripción: CINCO pesetas año.

Número extraordinario: GRATIS

Se publica todos los domingos.

Calle de FERNÁN GONZÁLEZ, 8.—MADRID

CONJURA CONTRA MADRID

¡Madrileños, a defenderse!

Va a hacer un año que EL MADRILEÑO, lanzado a la pública pelea, inició su briosa y sincera campaña en pro de los intereses de su pueblo. De entonces acá hemos sufrido muchas amarguras, muchas persecuciones y muchos quebrantos. La verdad es siempre dolorosa, y son muy pocos los que toleran que se les diga con la crudeza, la desenvoltura y la serenidad que fueron siempre norma de nuestra conducta. De ahí que aquellos a quienes hirió la vibración de nuestras voces honradas, la estridencia de nuestros ásperos gritos de protesta, procurasen ponernos sordina, ya que les era imposible ponernos mordaza.

No consiguieron, sin embargo, los que nos perseguían, someternos a su voluntad, ni poner un freno a nuestra independencia, ni acallar nuestros clamores contra los que explotan a Madrid con tanta impunidad como vileza. Somos más fuertes que ellos porque somos más sinceros, porque nos sentimos apoyados en nuestra empresa por todos los hombres de buena fe, porque el pueblo está con nosotros, y nos alienta y nos ayuda. Acaso algunos nos creyeron vencidos, y se imaginaron estar libres de nuestras investigaciones y de nuestras denuncias. Ya ven que no es así. EL MADRILEÑO vive aún, vivirá mucho tiempo, porque su labor tiene que ser persistente e intensa, porque ha contraído con el público el

deber moral de cumplir un programa. Más fuertes que nunca, más briosos que nunca, vamos a seguir nuestra cruzada contra los enemigos de Madrid, contra los que tienen para este pueblo desprecios intolerables, olvidos injustos y abandonos ignominiosos. Queremos que Madrid sea, no sólo de derecho, sino de hecho, la indiscutible capital de España. Es necesario lograr para Madrid las mejoras que se han concedido ya a otras poblaciones, que tuvieron la suerte de tener administradores entusiastas y representantes celosos del cumplimiento de su deber. Y a esta obra magna, a esta gran empresa, consagrará sus energías EL MADRILEÑO. No habrá amenaza que nos sobrecoja ni desdén que

nos desanime. Nuestras plumas se han templado en la lucha, y tienen ya la fortaleza de los aceros toledanos. No haya miedo de que se quiebren a los golpes, ni de que se rindan a las dádivas.

Al lanzarnos de nuevo a la pelea, queremos exponerle al pueblo de Madrid todos los puntos del programa que vamos a desarrollar, y en cuya defensa pondremos el entusiasmo de nuestros espíritus juveniles y el ardor de nuestro patriotismo inmaculado. Este número, que no es sino un manifiesto que lanzamos a la opinión pública, para que vea cuáles son nuestras aspiraciones, contiene un resumen demasiado somero—el espacio no consiente otra cosa—de cuanto a Madrid interesa. En números sucesivos explanaremos todas las cuestiones, dando a cada una de ellas el espacio que necesita, concretando las denuncias que servirán de base a nuestro trabajo, proponiendo soluciones prácticas, lanzando sobre los culpables del abandono indigno en que Madrid se halla acusaciones rotundas y serenas.

Los que nos conocen, saben ya cuál es nuestro desenfado. Nunca se mancharán estas páginas con una calumnia torpe o con una injuria villana. Pero nunca, tampoco, ocultaremos la verdad al pueblo, que es nuestro señor, el que nos manda y nos inspira. Ante el bienestar de todos nos importará poco la conveniencia de algu-

nos. Sépase de antemano, y quede aquí el exordio, porque no nos gusta cansar al lector con promesas que rara vez se cumplen. Es preferible decir «Esto hemos hecho» que no gritar un día y otro «¡Esto vamos a hacer!...»

El programa regionalista madrileño puede ser la salvación de nuestro pueblo

Quienes hayan seguido con interés nuestra labor pasada, saben ya cuánto entusiasmo hemos puesto en la defensa del regionalismo madrileño. Creemos, sinceramente, que esta es para el

¡Madrileños!

Las zarpas de la oligarquía aferran y despedazan Madrid, que es nuestra "patria chica", nuestra madre...

¡No lo consintamos!

Ayudadnos a destruir a los oligarcas, a los que aman a Madrid con vilipendio amor, para explotarlo. Trituremos a los que pretenden difamar a nuestra madre.

Y cuando nosotros descubramos a los traidores y a los cínicos, vosotros despreciadlos virilmente.

Cataluña, para los catalanes. Galicia, para los gallegos. Para los vascos, las Vascongadas...

¡¡Madrid, para los madrileños!!

Y todos, para España, la patria grande...

Cataluña, próspera y llena de vitalidad, nos da el ejemplo, madrileños.

El sentimiento regionalista es salud y es espiritualidad.

¡Amemos a Madrid sobre todas las cosas...!

pueblo la única política posible, la única política redentora, la que ha de librarnos para siempre del oprobio de las oligarquías y ha de limpiarnos de la lepra del caciquismo.

Anhelamos y defenderemos un regionalismo madrileño basado en el amor a la madre común, que es España, la grande, la generosa, la magnánima: un regionalismo sin odios para las demás regiones, sin estridencias malignas y sin tiranías absorbentes. Ni siquiera imitaremos aquella famosa doctrina de Monroe, que afirmaba: «América, para los americanos». Nosotros diremos, con más generosidad y con más nobleza: «Madrid, para los españoles».

«Pero—añadiremos a continuación—españoles son los madrileños, y tienen más derecho que nadie a que se les atienda y se les respete. Si Madrid ha de ser para los españoles, justo es que los españoles, representados por el Gobierno, se preocupen de Madrid, y le defiendan de sus enemigos, y le amparen contra quienes le explotan.»

A eso tenderá nuestro regionalismo. Queremos acabar con el cacique. No sólo con el cacique político, que hace diputados ineptos y concejales habilidosos (ya veis con cuánto comedimiento elegimos las palabras), sino con el cacique acaparador que nos roba, con el cacique industrial que nos desangra y con el cacique negociante que se burla de nosotros.

Las grandes Empresas, las Compañías poderosas que por saciar sus egoísmos apelan a todos los procedimientos irregulares y a todas las artimañas ignominiosas, son los mayores enemigos de Madrid. Contra ellas iremos, sin que nos asuste su poder. Combatirlas es defender al pueblo. Estamos seguros de que el pueblo nos ayudará en la empresa.

Hay que exigir que los Gobiernos se preocupen de Madrid. Para ello, ha de ser condición primordial que en cada Gabinete haya un ministro madrileño. Esto no ha podido lograrse hasta ahora. En el mismo Gobierno que hoy nos rige, y que se titula Nacional, están representadas todas las regiones, menos la madrileña... Y así ha ocurrido que, de todas las leyes aprobadas en la última etapa parlamentaria—y han sido más de cincuenta—, ¡¡¡ni una sola beneficie a Madrid en una pequeña parte!!

Las Cortes han dilapidado el dinero, en un chorro de oro que llegó a todas partes. Han dado a Barcelona un magnífico paseo marítimo. Han otorgado a Galicia el ferrocarril de Ponferrada a Villablino. Han concedido a Asturias la electrificación del puerto de Pajares. Han regalado a Bilbao un depósito franco... Y se suspendieron las sesiones sin que se discutiera la reforma de los tranvías madrileños, tan necesario, tan urgente y tan racional.

¿Hubiera ocurrido esto de haber habido en el Gobierno un solo ministro madrileño? Seguramente, no. Y a conseguir que lo haya han de tender nuestros esfuerzos, para que Madrid no siga siendo la misera y despreciada Cenicienta española.

Madrileños deben ser nuestro alcalde (elegido, además, por la voluntad popular, como ocurre ya en el resto de España, y no por la voluntad del Rey, como únicamente aquí sucede) y nuestros diputados y nuestros concejales. Madrid, en suma, debe estar gobernado y administrado por madrileños de prestigio y solvencia, que se preocupen de nuestros intereses, que comprendan nuestros anhelos y que se identifiquen con nuestras aspiraciones.

Esta ha de ser la base fundamental del regionalismo madrileño, con el que se impedirá que otros regionalismos redunden en nuestro daño. Sólo así vendrá la redención de nuestro pueblo, más necesitado hoy que nunca de hombres puros y generosos que le salven.

Amigos, camaradas, hermanos... ¿no creéis que ha llegado la hora?

El trágico problema de la carestía de la vida en Madrid

«En Madrid es imposible vivir.»

La frase, dura y cruel, parece encerrar una verdad innegable. El pan es cada vez más caro y más malo. Se adultera incluso la leche que se destina a la Beneficencia pública. No hay carbón. Nos quitan la luz... ¿Se quiere algo más?

Madrileños: a esta realidad pavorosa y trágica no nos trajo un fatal encadenamiento de hechos ante los cuales no hubiera otro remedio que inclinar la cabeza. Nos trajo a ella la ineptitud de

los hombres encargados de velar por nosotros. El pan es malo porque los tahoneros cuentan con poderosos protectores que les permiten explotarnos, y es caro porque nadie se cuidó de que el trigo que en la provincia de Madrid se produce en cantidad sobrada para atender a nuestras necesidades, se quedara en la misma provincia, sin que saliera de ella un solo grano para otras regiones. Ese trigo, vendido a un precio lógico, y remunerador para los agricultores, produciría el abaratamiento de las harinas, y, como es natural, el abaratamiento del pan de los pobres.

El carbón escasea porque ni uno solo de los hombres que nos rigen se ha preocupado de organizar los transportes en forma tal que no se dé el espectáculo vergonzoso de que sea Madrid uno de los pueblos adonde llegan menos vagones de mineral.

Nos privan de la luz porque la codicia y la imprevisión de las Compañías de Electricidad (ya hablaremos de ellas más adelante) han dado origen a esta vergonzosa e intolerable situación. Madrid se queda a oscuras por orden del comisario general de Abastecimientos, Sr. Ventosa (catalán), sometido al mandato del ministro de Fomento, Sr. Cambó (catalán también). Y mientras esto ocurre aquí, el alumbrado es espléndido en Barcelona. A las cuatro de la mañana hay, no en las Ramblas, ni en la plaza de Cataluña, ni en el paseo de Gracia, sino en cualquier calle de las afueras, mucha más luz que en la Puerta del Sol a las nueve de la noche. Y es porque los señores Cambó y Ventosa protegen a Cataluña, que es su tierra, en lo cual hacen perfectamente. Para enviar carbón a Cataluña hay siempre vagones disponibles. Y Madrid, en cambio, sin protectores, sin hombres buenos que le amparen, va convirtiéndose en una vieja ciudad del siglo XVI, asilo de malandrines, nido de pícaros y guarida de malhechores.

No. Esto no puede ser, madrileños. Ved si os urge luchar en defensa propia, y acudir a la palestra para exigir lo que nadie tiene derecho a negaros. Cuando la protección que se concede a otras provincias se haga extensiva a Madrid; cuando se persigan de buena fe, con mano firme y propósito recto, los acaparamientos y las ocultaciones; cuando se consiga que el trigo, y el hierro, y el aceite, y el cobre, y los vinos y las legumbres no salgan de la frontera por miles de miles de toneladas; cuando los harineros y panaderos en grande escala (no vamos a referirnos a los pequeños industriales, tan víctimas como nosotros de la imprevisión oficial) no tengan en el Ayuntamiento concejales cuya única misión es obedecer sus órdenes..., entonces el problema de las subsistencias habrá dejado de ser, en Madrid, un trágico y pavoroso problema.

Esa gran vergüenza de la luz eléctrica debe desaparecer cuanto antes

Hemos hablado más arriba de la cuestión de la luz eléctrica. Insistamos sobre el tema, que ha de ser objeto de nuestros más escrupulosos estudios en sucesivos números de EL MADRILEÑO.

El negocio de la luz constituye la más cruel, la más vergonzosa, la más indigna de todas las explotaciones que sufre este paciente vecindario. Para demostrarlo no hay sino exponer unos cuantos datos, tomados a la ligera, porque ya hemos dicho que esto no es sino un resumen de todo lo que nos proponemos denunciar:

La Sociedad Hidráulica Santillana, en tiempo normal, logra que sus saltos de agua produzcan una fuerza eléctrica de 144.000 kilovatios diarios. Todos estos kilovatios los compra la Unión Eléctrica Madrileña, a razón de dos céntimos por kilovatio. Es decir, que paga a la Hidráulica, por toda su producción, 2.880 pesetas al día.

Ahora bien, ¿sabéis a cómo vende al público la Unión Eléctrica cada kilovatio? ¡¡¡A SESENTA CÉNTIMOS!!! ¡¡¡Treinta veces más de lo que a ella le cuesta!!! Lo que a la Unión le cuesta 2.880 pesetas, lo vende en 86.400 pesetas... ¿Comprendéis?...

Esto sólo ocurre en Madrid. Sólo en Madrid se vende a sesenta céntimos el kilovatio hora. En Bilbao se vende a cinco céntimos. En Barcelona, a tres. En Zaragoza, a poco más de uno. En Madrid, a sesenta céntimos. No nos cansaremos de repetir la cifra, hasta conseguir que se clave en el cerebro de todos aquellos a quienes interesa...

Y no hablemos de la llamada Cooperativa Electra. Esta Cooperativa engañó al pueblo madrileño. Le ofreció, al fundarse, un

Regionalismo de todas las regiones de España, ¡sí! Conjura de uno o de varios regionalismos contra Madrid, ¡no!

Si queremos tener una gran patria, hagamos antes muchas patrias chicas. Quien no ama a su terreno, ¿puede amar a su tierra?

fluido eléctrico poco menos que gratuito. Dió todo género de facilidades para las instalaciones..., y cuando el incauto vecindario hubo picado el cebo, la Electra se unió a la Unión Eléctrica Madrileña, y juntas ambas, triplicaron el precio del kilovatio... No el precio a que lo vendía la Cooperativa, sino el que había fijado la Unión, que era mucho más caro.

¿Cómo defenderse de esta explotación? Sólo una obra común, una acción enérgica y constante de todo el pueblo, en masa, será capaz de impedirlo. Téngase en cuenta que los Consejos de administración de esas grandes Compañías están formados, en su totalidad, por políticos y hombres influyentes. A esto se debe que, por ejemplo, la Madrileña haya dejado de pagar a la Hacienda, porque aún no pagó los derechos reales correspondientes a sus fusiones con otras Empresas. A esto se debe también que ahora el Gobierno aceptase la propuesta de las Compañías de suprimir la luz a determinadas horas, para hacer economías SIN QUE SE RESINTIERAN LOS DIVIDENDOS. Porque téngase en cuenta que en Madrid habría toda la luz que se necesita si las Compañías se decidieran a traer todo el carbón que hace falta para producir el fluido. *Esas Compañías tienen contratados 50.000 veces más kilovatios que los que en la actualidad rinden los saltos de agua. Para lograrlos necesitarían gastar miles de toneladas de carbón. Y como el carbón cuesta caro..., es mejor suprimir la luz, ya que el Gobierno es tan bondadoso que lo permite, con tal de que las ganancias de los explotadores no sufran merma.*

No dejaremos hasta lograr que el Ayuntamiento se incaute de las fábricas y municipalice el servicio, claro está que para administrarlo bien y honradamente. Para esta labor os pedimos vuestra ayuda, madrileños. ¿Nos la negaréis?

Hay que combatir sin descanso contra los horrores de la Beneficencia

¿Qué podríamos decir, en líneas generales, acerca de este gravísimo problema que no esté en la conciencia de todos?

La lepra del caciquismo ha invadido ya a la Beneficencia pública, y va corroyéndola, corroyéndola, en forma tan horrenda que urge mucho poner remedio al daño y cortar los abusos que desde hace tiempo se vienen cometiendo.

En el Hospital provincial se gasta más de lo que debiera gastarse. Ese establecimiento, que podría ser un modelo entre los de su género, está prostituido de una manera intolerable. A él se envían enfermos de los más apartados lugares de España. Basta una recomendación de persona influyente para que quien padece de un simple constipado disfrute en él de buenos alimentos y de cómodo lecho. Como el Ministerio de Gracia y Justicia no se ha preocupado de dotar a esa ruinosa pocilga que se llama Cárcel de Mujeres de una enfermería, por modesta que fuese, todas las presas que se ponen malas son llevadas al Hospital provincial, para que usufructúen puestos que corresponden, por derecho innegable, a los infinitos madrileños menesterosos que arrastran sus dolencias por las calles, y que tiemblan de fiebre, durante las noches del invierno, en el ingrato cobijo de un banco del Prado o del escalón de cualquier portal...

En el Hospital no se lleva con el escrúpulo y la rigidez debidas el obligado registro de enfermos. Así ocurre que algunos de éstos permanecen en las salas todo el tiempo que quieren, aunque estén más sanos y más fuertes que un roble, mientras que cientos de infelices aguardan turno para ocupar un lecho y aliviar sus males.

El Hospital provincial, que es sobradamente amplio para que todos los acogidos en él tuvieran cómodo albergue, se halla atestado materialmente. Se han instalado camas en las guardillas y en las azoteas. Y esto se evitaría con el solo hecho de cortar los abusos y de perseguir las inmoralidades. A eso ha de tender nuestra labor madrileñista.

Y tenderá también, por encima de todas las cosas, porque a ello nos obligan nuestro deber de madrileños honrados y nuestra conciencia de hombres piadosos, a que desaparezca para siempre esa vergüenza monstruosa, esa pesadilla dantesca, esa visión africana de la Inclusa. No seremos un pueblo digno

de llamarse civilizado mientras continúe lo que alguien tituló muy justamente, *la Herodiada*. De todos los crímenes que pueden cometerse contra la Humanidad, contra el derecho de gentes, ninguno más cruel que estos constantes infanticidios, tolerados en pleno siglo XX, que estos verdaderos asesinatos de pobres niños que nosotros no llamaremos nunca hijos del vicio, sino hijos del humano dolor, hijos nacidos de las entrañas podridas de una gran urbe que tiene sus pasiones y sus miserias, para combatir los cuales no han de faltarnos nunca el denuedo ni el entusiasmo.

Los grandes escándalos municipales. — Las tarifas de tranvías y el impuesto de Inquilinato

Queremos recorrer todos los vericuetos, todos los rincones y todos los escondrijos de esa gran casa de vecindad que se llama Ayuntamiento de Madrid. A los problemas municipales continuará consagrandose su atención constante EL MADRILEÑO, porque ese es uno de sus deberes primordiales. Y entre todos los problemas habrá dos que no abandonaremos ni un solo día: el de la rebaja de las tarifas de tranvías y el del impuesto de Inquilinato.

Es imprescindible rebajar las tarifas tranviarias. Madrid es un gran pueblo, trabajador y progresivo, que crece de año en año, que necesita ensanchar sus límites, que va invadiendo los campos yermos que le rodean para alzar en ellos a edificios grandiosos, a fábricas magníficas y a talleres formidables. Este ensanche de la ciudad agudiza una cuestión ya vieja entre nosotros: la cuestión de las distancias. Hay que facilitar al vecindario la manera de ir rápida y económicamente a los barrios extremos, más sanos, más higiénicos, y sobre todo, más baratos que los del centro.

Para ello, es de necesidad absoluta que el tranvía esté al alcance de todos, y que no constituya, como ahora, un verdadero sacrificio ir desde la Puerta del Sol a la Bombilla o a la Prosperidad. Las Empresas de tranvías, justo es reconocerlo, no se niegan a abaratar las tarifas. Sólo que solicitan una concesión lógica y que no perjudica en nada al pueblo madrileño, toda vez que el actual servicio no tiene otro defecto que el de ser caro.

Piden las Empresas que se les amplíe el plazo durante el cual pueden continuar la explotación de las líneas. El Ayuntamiento se opone a esto. El Ayuntamiento quiere adueñarse de esas líneas, para que los concejales, y los parientes de los concejales, y los amigos de los concejales, y las cocineras de los concejales, viajen de balde en los tranvías. Ante esta ventaja, ¿qué importancia tienen las necesidades de la gran urbe, ni las conveniencias del vecindario, ni el deber que tienen los administradores del pueblo de favorecer a éste?

En cuanto al impuesto de Inquilinato, nuestra actitud no puede ser más clara. O lo pagan todos, absolutamente todos, o se debe suprimir en el acto. Lo mejor sería suprimirlo. Se trata de un impuesto tan odioso, tan repugnante y tan abusivo como el de los consumos. Y como, además, produce poco, por que hay muchas excepciones y muchos más morosos, la supresión no significaría gran pérdida para el Municipio. Bastaría administrar limpia y honestamente, para lograr más fuertes ingresos que los que el inquilinato rinde ahora.

Como consideramos imposible lograr que todos paguen el impuesto, nuestros esfuerzos irán encaminados a conseguir que se suprima, porque así creemos servir los intereses de Madrid. Y, paralela a esta labor, desarrollaremos otra de descubrimiento de los grandes escándalos municipales, que son tantos, tantos, que si fuéramos a enumerarlos ahora necesitaríamos cien páginas, y aún se nos quedarían algunos en el tintero.

Si Madrid no es protegido como merece serlo, se impone la huelga de contribuyentes

Cuantos hayan seguido nuestras campañas con alguna atención, saben ya cuántas veces hemos insistido en la necesidad de que sean los contribuyentes los primeros que salgan a la defensa de nuestro pueblo.

OPINIONES

«No puede el Gobierno tener prestigio fuera mientras merezca ser desconsiderado dentro, viéndole supeditado a la gusanería caciquil, en concordato con todos los barateros y tahures.» — A. MAURA.

Por la imprudencia y la locura de los pueblos y de los que gobiernan, los hombres son dirigidos muy frecuentemente por leyes injustas, por usos perversos, por opiniones erróneas y por preocupaciones destructoras de la felicidad pública. — BARÓN DE HOLBACH.

Se legisla siempre en contra de Madrid. Cuando por casualidad funciona el Parlamento, la labor de éste no beneficia nunca, nunca, a la corte de España. Ya hemos dicho, al hablar del regionalismo madrileño, que las Cortes actuales han laborado en provecho de todas las regiones... si se exceptúa la madrileña.

Hay que impedir esto a toda costa. Hay que obligar a los Gobiernos a preocuparse de Madrid. Y si no se preocupan, si seguimos en este abandono indignante e injusto, si se nos continúa mirando con la misma indiferencia y el mismo desprecio que hasta ahora, puede y debe irse a la huelga general de contribuyentes.

No haya miedo a represalias, que sólo son temibles cuando van dirigidas contra unos cuantos. Cuando todos se unen, cuando es un pueblo en masa el que se levanta frente a la apatía y a la ineptitud de sus directores, éstos son siempre los vencidos.

En algunos pueblos de España, los contribuyentes, de un modo unánime, se negaron a pagar sus cuotas, y no las pagaron. No hay que ir muy lejos para convencerse de esto. En Valdilecha lo hicieron, y no ocurrió nada.

Deseamos que aproveche el ejemplo. En ocasión más propicia ampliaremos esta iniciativa, que consideramos saludable. Daremos datos y cifras que demuestren el empleo que se da a las pesetas de los contribuyentes, que éstos ganan tras enormes esfuerzos. Relataremos en sus menores detalles cuál es la escandalosa orgía que se hace con los presupuestos del Estado. Y os convenceréis, madrileños, de que nos asiste toda la razón.

EL JUEGO EN MADRID

Hemos llegado al corolario de este resumen de lo que ha de ser nuestra campaña. Vamos a hablar del juego, actualidad candente de estos días, excitadora de las pasiones, acicate de los vehementes, impulsos de un puñado de ciudadanos que estos días andan discutiendo con el Gobierno, y aun con quienes están por encima del Gobierno.

Nosotros —no es esta la primera vez que lo decimos— estamos conformes con la frase del refranero: «Lo mejor de los dados es no jugarlos». Si hubiera posibilidad de suprimir el juego en absoluto, incluyendo en esa denominación de **juego** la Lotería, timba más ignominiosa que ninguna otra, las carreras de caballos, la pelota vasca, el tiro de pichón y las riñas de gallos, votaríamos sin vacilar por la supresión inmediata.

Pero sabemos que esto no puede ser. Y no puede ser, entre otras razones, porque el juego produce en España, cerca de 195 millones de pesetas anuales, y, de ellos, más de 150 van a parar a las arcas del Tesoro. Estas cifras no están lanzadas caprichosamente. Son producto de datos exactos, que publicaremos cuando estudiemos detenidamente la cuestión.

Siendo imposible suprimir el juego, lo lógico y lo urgente es reglamentarlo. La caprichosa tolerancia actual es inadmisibles. No puede ser, no debe ser, clama al cielo, madrileños, que el juego se prohíba en la corte para que pueda jugarse libremente en San Sebastián y en Santander.

Admitida la necesidad de que el juego exista, no puede negarse que él es base de prosperidad para muchas industrias, pan para muchas familias, socorro para muchos desgraciados... En Madrid se recaudaban mensualmente, en los círculos de recreo, 50.000 pesetas, destinadas a la Asociación Matritense de Cari-

«Cuando la indole del jugador es buena, su pasión puede conducirle al completo desarreglo intelectual y al suicidio. Cuando es mala, al latrocinio y al asesinato.»—**JOSÉ CARLOS BRUNA.**

Y añadimos nosotros: Cuando a la indole de jugador se agrega la cualidad de personaje político, entonces nos conducen a todos los ciudadanos a una explotación inconcebible.

La Lotería nacional es una ruleta con **ONCE CEROS** que explota el Estado español, con un beneficio de 50 millones de pesetas, aproximadamente. Este dinero no lo ven por ninguna parte los pobres de ninguna provincia.

La Beneficencia, en manos de los actuales administradores oficiales, es un fracaso, si no es una inmoralidad, puesto que todos los días leemos en la prensa que mueren de hambre muchos pobres.

Con esos 10.000 duros, bien administrados, la extinción de la mendicidad hubiera dejado de ser un problema insoluble.

Pues en Madrid no se juega, porque así lo quiso una voluntad que deseaba que todo el dinero que produce este vicio corriera, exclusivamente, en los dos puertos del Norte adonde fué un extranjero hábil en captarse altas simpatías. ¿Debe admitirse esto? ¿No nos hallamos ante la prueba plena, terminante y abrumadora de que todos, del más elevado al más humilde, procuran hundir a nuestro pueblo, y perjudicarlo y envilecerlo?

En Madrid hay un comercio y una industria que, durante los meses de verano, arrastra una vida lánguida y difícil. El cebo del juego retenía aquí a muchas personas para quienes constituye una necesidad imprescindible esto de arriesgar su dinero al naipe de una baraja o a la bolita saltarina de la ruleta. Como el jugador, ordinariamente, es espléndido, el dinero de sus ganancias llegaba a todas partes, y el de sus pérdidas servía no sólo para enriquecer a un negociante sino para dar de comer a centenares de empleados...

Y todo esto se le ha arrebatado a Madrid. Este río de monedas se le ha quitado a Madrid para que vaya a caer a los grandes Casinos de Santander y San Sebastián. De esta desigualdad, de esta injusticia es de lo que protestamos. Hubiérase suprimido el juego en toda España, y nos parecería admirable la decisión. Suprimido únicamente para perjudicar a Madrid, a su industria, a su comercio, a su burocracia y a sus pobres, nuestra protesta será todo lo enérgica que deba ser, y llegará a donde sea preciso que llegue.

Ya lo demostraremos.

Para terminar: un llamamiento a la Prensa y a los hombres de buena fe

Aquí damos por terminada nuestra labor de hoy. Hecho el resumen de lo que ha de constituir el programa con que **EL MADRILEÑO** sale de nuevo a la palestra, no nos queda ya sino comenzar la lucha.

Pero, antes, queremos dirigirnos a la Prensa. Tenemos de los periodistas madrileños un alto y merecido concepto. Son los más honrados, los más generosos, los más dignos de toda Europa. Viven de milagro, en una perpetua batalla con la angustiosa miseria que les rodea, y han hecho, sin embargo, una sagrada religión del honor profesional...

Porque pensamos así de ellos es por lo que nos atrevemos a decirles, seguros de que no desoirán nuestra súplica fraternal y humilde: «¡Defended a Madrid! La Prensa madrileña, los periodistas madrileños, tienen la obligación moral de amparar a este pueblo, víctima de gobernantes ineptos o de administradores pícaros. ¿Quién podrá mejor que vosotros salir a la defensa del vecindario constantemente desdeñado, de la ciudad perpetuamente escarnecida, de la industria siempre esquilmada y del comercio nunca protegido? Sed vosotros, una vez más, caballeros de un noble ideal, paladines de una causa generosa. Madrid, que que es tierra de hidalgos, sabrá pagaros la merced con el tesoro inagotable de su gratitud...»

Y acabamos, lector. Pero no será sin antes decir a todos los hombres de buena fe, a todos los madrileños que aman y reverencian a su patria chica:

«¡Llegó el momento de defenderse contra los que nos explotan y nos desangran! ¡Cruzados de esta santa empresa, al combate!»
EL MADRILEÑO

«El juego es un gran mal social. La Ley debe prohibirlo, perseguir a los que de él viven y hasta castigarlos.»—**ALEJANDRO GROIZARD** (presidente del Senado y ministro varias veces).

Las autoridades toleran el juego en Madrid durante nueve meses, cuando no perjudica a San Sebastián.

Extremen sus rigores contra el juego en julio, agosto y septiembre, cuando estos rigores favorecen a San Sebastián.

¡Fuera los vividores de la política!

¡Paso franco a los hombres de acción!

Harto tiempo hemos permanecido tumbados en pleno arroyo, aguantando pacientemente el puntapié del político que pasa.